

La planta del oro

Una planta de talle esbelto, adornada con apéndices casi capilares como la cola de un caballo, salpica las veredas de estas frondosas montañas de Catskills en donde la nieve recién derretida se convierte en jugo que fortalece la vegetación primaveral. Esta planta casi inclusera que en inglés se llama "horse tail", la botánica la califica como de la familia de las gnetaceas y pertenece a la especie "Ephedra vulgaris". Efectivamente, muy vulgar es la planta. Por todos los sitios crece y ni siquiera las cabras hambrientas que saltan por estos matorrales, orientan su olfato hacia el arbusto.

Esta "horse tail" o "cola de caballo" se llama en castellano "belcho". Crece por doquiera. Pertenece a una flora ilimitada que se extiende por todo Europa, por Asia y por América.

Contemplo el belcho adornando valles y montañas y hasta en los picachos de estos cerros en donde aún no se ha derretido la nieve. Y al ver el panorama pienso en las lecciones que a diario nos da la naturaleza. Quién hubiera pensado que esta planta da oro?

La semana pasada, en el "American Institute of Mining and Metallurgical Engineer's" de Nueva York, el notable geofísico de Toronto (Canadá), doctor Hans Lundberg en una conferencia nos habló del "belcho" como "individuo" botánico que toma el oro escondido en el suelo de la tierra, le absorbe, le incorpora a su organismo y así se lo ofrece al hombre, si el hombre se toma la molestia de explotar el jugo de la planta como explota el de la caña. La naturaleza—decía el doctor Lundberg—hace que muchos vegetales que crecen en las regiones auríferas, tengan en su savia cantida-

des mínimas de este metal. A veces estas concentraciones son más potentes en el árbol que en el suelo, y otras, por el contrario, la riqueza de la tierra supera en mucho a la que tiene el vegetal.

En ciertos casos se ha encontrado que los tallos y hojas de algunos ejemplares contienen 0.010 partes de onza de oro por tonelada, mientras que las tierras no llegan ni con mucho a esta riqueza. En el caso del "belcho" la riqueza de sus jugos alcanza a un límite que hace pensar en su explotación aurífera, pues una tonelada de este modesto arbusto puede dar de tres a cuatro onzas del rey de los metales. Ahora bien, si podemos vender a 35 dólares la onza de oro, quiere decir que una tonelada de "belcho", nos da un beneficio de más de 175 dólares. Quién puede dudar entonces de la eficacia del cultivo del "horse tail"?

Pero si el arado nos asusta y si la fiebre de encontrar oro enciende nuestras ambiciones, podemos usar la planta como elemento de análisis para localizar yacimientos y tierras auríferas, antes de iniciar nuestra aventura de mineros. Dijo el doctor Lundberg que el "belcho" puede utilizarse con este propósito ya que la riqueza de su savia nos dará la ley aurífera del suelo en donde crece.

He soñado que la conquista del oro por este nuevo procedimiento ya es una realidad. Y ahora qué hacemos con cantidades fantásticas del codiciado metal? El único comprador de nuestra cosecha son los Estados Unidos que al decir de financieros guardan en sus cajas 20.000 millones de dólares en oro puro y brillante. Estos números son aproximados, pues nadie puede decir con exactitud la cantidad de oro que existe en el mundo, quién la posee y cómo se esconde. La "fiebre del oro" debió de iniciarse el 12, de octubre del año 1492, día del descubrimiento de América. Desde esta fecha al 1º de enero del año 1933 los hombres han extraído de la madre tierra 1.106.550 onzas de oro y desde entonces hasta el comienzo de enero de 1937 hemos arrebatado al suelo 116.000.000 onzas de oro. De manera que en cuatro años la producción aurífera ha sido igual a la décima parte de la producción de los 441 años anteriores.

Dicen los que entienden de tales materias que actualmente existen en el mundo 32.000 toneladas de oro "archiva-

do" en diferentes rincones del planeta, cantidad que si pudiera ser apilada, formaría una masa de 60 pies de largo por 40 de ancho y 22 de alto, monumento que puede ser duplicado con facilidad si los cultivos que existen en América de algodón y caña se sembraran de esa prosaica "horse tail". Entonces, por qué cultivar azúcar?...

He aquí a la agricultura profanada. El oro ya ha infectado la pureza del azadón y del arado. Sólo que al contemplar estas verdes praderas en donde los matices oscilan del verde oscuro al amarillento, he pensado en la causa química de esta borrachera de color y he invocado al "pigmento" que da los tonos verdes al mundo vegetal: la "clorofila".

La nueva aplicación de este pigmento significa en algo las tendencias materialistas de la moderna agricultura. En el "American Journal of Surgery" del mes de julio pasado, leí el primer "reporte" sobre los usos terapéuticos de la "clorofila". Una comisión de distinguidos galenos hizo un estudio de 1.200 casos tratados con el "verde de las plantas", siendo los enfermos un núcleo integrado por las dolencias más variadas, desde la peritonitis a la piorrea. Los primeros ensayos fueron satisfactorios. Al observarse resultados tan optimistas han seguido los ensayos y, según Louis Mattoz Miller ("Science News Letter. Marzo 15), la clorofila es ya un remedio definitivo para luchar contra las infecciones.

La acción química de este pigmento en presencia de los tejidos humanos y microbios, no parece ser "desinfectante". No mata las bacterias, pero en cambio fortalece los tejidos y órganos y por tanto les da más elementos para luchar contra la infección. Parece ser que otro de los episodios dentro de su acción, consiste en repetir en el cuerpo humano el mismo acto que realiza cuando está en las hojas de los vegetales: toma el anhídrido carbónico y le convierte en oxígeno. De esta manera da a los órganos afectados un arma nueva para luchar contra la enfermedad. El gas tónico para nosotros que en muchos casos es fatal para las bacterias.

Así ha empezado la "clorofila" a ser un misterioso filón en donde trabaja la biología. Su semejanza química a la hemoglobina o pigmento de la sangre ha hecho que sirva a su vez para el tratamiento de las anemias y otras afecciones sanguíneas. Allá en el año 1913 el químico Richard Wills-

tatter empezó a estudiar la molécula de la clorofila y así pudimos saber algo de cómo los vegetales, bajo la acción del sol, cambian el ácido carbónico de la atmósfera y lo convierten en oxígeno que dan a la atmósfera almidón o azúcar que guardan en sus tallos y frutos. La magnífica sinfonía de lo que se llama la "fotosíntesis" dejó de ser un misterio. En términos prosaicos comprendimos cómo las plantas realizan la "digestión de la luz del sol".

Y entre la acción beneficiosa de la molécula de la clorofila formada por átomos de magnesio, carbono, hidrógeno, oxígeno y nitrógeno y la mecánica misteriosa del "belcho" al incorporar a su savia el oro, me he inclinado por la primera y así hice bueno el refrán que dice: "No es tan bruto el que hierba come...."

Julio Cantalá.